

HOJAS QUE CUENTAN UNA VIDA

R. J. Lovera De-Sola

En verdad los venezolanos siempre hemos asediado la figura de Francisco de Miranda (1750-1816) para mejor comprenderlo, para explicarnos la peripecia de aquel hombre universal, el latinoamericano más ecuménico del siglo XVIII, de cuya mano, siguiendo su Diario y sus papeles, podemos entenderlo, el hombre que abrió el camino hacia la emancipación, quien trazo la senda para la cual caminarían nuestros libertadores, con Simón Bolívar a la cabeza. Fue el juicio redactado por Andrés Bello, en 1810, el primer trabajo en el cual un venezolano hizo elogio del Precursor (*Antología general*. Caracas: Edime, 198, t. II, p. 1586-1589). Fue el Libertador, en 1826, el primero que reivindicó su nombre, pese a los dolorosos sucesos del año doce, al llamarlo el “más ilustre colombiano” (*Correspondencia del Libertador*. Caracas: Banco de Venezuela, 1974, p. 296). La divulgación del punto la debemos a otro mirandófilo consecuente: J. L. Salcedo-Bastardo.

Pero fue Miranda hombre inquieto, un escritor autobiográfico, alguien, quien al formar su archivo, quiso recoger en él todas sus señas vitales hasta tal punto que sus hojas manuscritas constituyen la mejor vida de este hombre singular.

Durante mucho tiempo, como anotaba Arturo Uslar Pietri (1906-2001), los investigadores de la vida de Miranda anduvieron por entre las calles londinenses para acercarse a su casa de Grafton Street (*En busca del nuevo mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969, p. 63). Allí no sólo vivió, allí estableció su famosa biblioteca, una de las mejores formadas en su tiempo, allí fue el lugar en donde comenzó la independencia de las naciones hispanoamericanas, donde se casó, nacieron sus hijos. Allí recibió a los otros grandes libertadores: tal su encuentro con Bolívar y Bello en su casa londinense durante el verano de 1810.

Miranda fue el escritor de un Diario que es la obra en prosa más importante de todo el período colonial escrita por un venezolano. Redactada, en el Viejo Mundo, en una época en la cual nuestra literatura no ha dejado muchos ras-

tros. Cuando Andrés Bello escribe sus primeros poemas, alrededor de 1800, ya Miranda ha concebido su Diario (1771-92), participado en la independencia de los Estados Unidos y en la Revolución Francesa. De todo ello dejó constancia en los papeles que escribió y en los muchos testimonios que recopiló en su Archivo, por ello para conocerlo a él y a su época tenemos que leer los infolios que forman los veinte y cuatro tomos impresos de su Archivo, sesenta y tres volúmenes manuscritos. Esa inmensa masa de papel fue publicada por vez primera entre 1929-50. Una edición crítica de esas mismas hojas, bajo el título de *Colombeia*, el nombre que le puso al empastarlos, probablemente en 1805, viene realizándose pacientemente desde 1978. Ya han visto a la luz diez y seis tomos. El XVII está a punto de entrar en imprenta. Y sólo con ellos en la mano se puede llegar hasta el año 1796. Todavía la quedaban al caraqueño y Girondino dos décadas de vida. De esos decenios dejó amplia huella en sus renglones.

Al estudio de la singular aventura de estos decisivos papeles y al proceso de recuperación de la figura de Miranda por parte de la historiografía, especialmente por la venezolana, dedica Gloria Henríquez su estimulante, preciso y bien hecho volumen **Historia de un archivo**. (Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2001. XXIII, 294 p.).

Escribió Angel Rosenblat “¿Y *Colombeia*?. Es el nombre que puso Miranda...cuando organizó sus papeles, antes de partir de Europa, a los 63 volúmenes de su Archivo. Con su terminación griega *Colombeia*...significaba sin duda para él ‘Papeles y cosas relativas a Colombia’. No lo hemos encontrado en sus textos, y al parecer sólo lo usó como título de su imponente Archivo. Han inducido a error a autores eminentes, que han creído que era el nombre que él proponía para nuestra América” (Buenas y malas palabras. Caracas: Edime, 1969, t. IV, p. 269). Y ahora añade Gloria Henríquez “Este título (*Colombeia*) imaginado por Miranda, al pensar en Cristóbal Colón y en el continente colombiano, posiblemente haya sido inspirado del célebre poeta y escritor americano Joel Barlow, su contemporáneo...Basado en su poema “*Vision of Columbus*”, Barlow había publicado hacia 1808 la epopeya *La Colombiade*, obra que hablaba de la fundación del Nuevo Mundo” (p. XVII-XVIII).

“¡Baúles de Mirandai. Sus inseparables cofres llenos de papeles y libros, un distintivo de su carácter y personalidad que intrigaba a todo el que le veía llegar” (p. 3), “lo que tiene de más precioso en el mundo...su famoso archivo” (p. 55), con papeles, escritos, o recopilados, a lo largo del caminar vital, con noticias que van desde 1764 a 1810. Fijese el lector que siempre que nos referimos al Archivo de Miranda no sólo nos referimos a los textos que él redactó sino a todos los materiales, de la más diversa índole, que él guardó. Todos

tenían un solo fin: servir a la emancipación latinoamericana. Independencia de España que fue él quien inventó, como dice Caracciolo Parra Pérez (Discursos. Madrid: Altamira Artes Gráficas, 1961, p. 382).

Y sobre la importancia del estudio de los textos de Miranda anota Gloria Henríquez: "Papeles perseguidos por la Inquisición y los funcionarios españoles y secuestrados por los comités de la Revolución Francesa, tomando (Miranda) en cada ocasión las precauciones necesarias para preservarlos y mantenerlos en seguridad. Asombra que tal fondo documental haya podido salvarse milagrosamente... ¡Y aún más extraordinario, que estos papeles perdidos para Venezuela (1812) hayan sido descubiertos en Inglaterra al cabo de ciento catorce años (1926)!" (p. XVIII).

Miranda formó su archivo desde su juventud; "Cuando sale de Caracas rumbo a España, enero de 1771, a la edad de veinte años, lleva consigo papeles de familia que pueden ser exigidos en la metrópoli. Y al iniciar su Diario... del puerto de La Guaira al de Cádiz, coloca la primera piedra de lo que será "un verdadero Himalaya de folios", conforme a una expresión del historiador Salcedo-Bastardo... en cada etapa de su vida, en cada país, en cada momento, Miranda irá compilando, con extrema acuciosidad, pliegos que lo acompañarán por todas partes, junto con sus libros tan apreciados. Folios escritos día a día, según las circunstancias, sin ser jamás retocados ni rectificadas por el autor. De allí su gran valía" (p. XIX). Y fue siempre fiel a su convencimiento "sólo es valiente/quien lleva nobles fines en su mente" según la expresión de Cadal que puso de epígrafe a varios de los tomos de su Archivo por él organizados en Londres.

El papel mas viejo del archivo data de 1749, acta del matrimonio de sus padres. La recolección del material la inicia en 1771 cuando se prepara para ir a España. Es entonces cuando inicia el Archivo y la escritura del Diario, este a partir de 25 de enero de 1771 (Colombeia. Caracas: Presidencia de la República, 1978, t. I, p. 183). El Diario, obra en la cual deberá reparar con mayor detalle nuestra historia literaria, lo irá prosiguiendo en diversos lugares, día a día, a partir de 1783, cuando realizó el "grand tour", el viaje educativo que hacían todos los caballeros del siglo XVIII. Con el Diario de Miranda en las manos se puede estudiar el Siglo de las Luces con precisión, especialmente desde el año ochenta y tres hasta el noventa y dos. En 1792 cuando lo deje de redactar ya la Revolución Francesa se ha iniciado y el tiempo ha cambiado. Estamos en los albores de una nueva época. Tiempo durante el cual tras la revuelta norteamericana por la libertad, tras la ratificación de los derechos del hombre en Francia el tercer gran suceso será la rebelión hispanoamericana en busca de la libertad. En los tres participó Miranda. De los tres dejó extensas señas entre sus papeles, pues si bien Colombeia se cierra con su viaje a Caracas

en 1810 siguió el revolucionario acopiando papeles que dan cuenta de sus actividades. Estos, como todo su archivo, se salvaron milagrosamente. Su archivo logró ser sacado de Venezuela por Pedro Antonio Leleux el año doce y enviado a Curazao y de la antilla pasó al Reino Unido donde fue custodiado por manos amigas en Inglaterra. Las hojas de sus días venezolanos llegaron a manos de su hijo Leandro quien en algún momento del siglo XIX los vendió a José María Rojas, con ellos formó este el volumen *El general Miranda* (París: Granier, 1884. LVI, 774 p.). Otros papeles, muchos, con noticias e informaciones, han aparecido después, con muchos de ellos se formó el tomo XXIV de su archivo y existe el esquema para la formación del XXV, preparado por Carlos Pi Sunyer (*Patriotas americanos en Londres*. Caracas: Monte Avila Editores, 1978), que ahora sin duda leeremos, en su momento, en el tomo final de la *Colombeia* cuya recopilación dirigió hasta su muerte Josefina Rodríguez de Alonso y ahora corre en las manos de Gloria Henríquez y Miren Basterra. Así si bien los restos de *Miranda* se perdieron, su biblioteca se dispersó, sus papeles, su archivo, el tesoro de su alma, gracias al cual sabemos quien fue, se salvó.

El cuidó muchos sus papeles, debió salvarlos de la Inquisición, de la corona hispana, de la policía francesa, de las manos de los realistas en la Venezuela el año doce.

Papeles que él pensó, así lo dice en su testamento (Cláusula 1), legarlos a la ciudad de Caracas como testimonio de la acción que por su emancipación llevó de por vida (*América espera*. Caracas: Biblioteca de Ayacucho, 1982, p. 329). Por ello los trajo a Caracas en 1810, por ello, ante la hecatombe patriota, dada su importancia, los sacó Leleux en 1812, en los días de la capitulación mirandina y caída de la Primera República. Se salvaron entonces porque fueron a parar a manos inglesas en Curazao, pasando luego a tierra británica (1813-14) para ser mas tarde depositados en los archivos de Lord Bathurst. En Cirencester estarán desde 1827, allí serán hallados a comienzos de siglo. Sin embargo Miranda debió morir el año diez y seis sin saber que destino había tenido su querido archivo, lo creía aun en Curazao, rogaba por ello “no olviden recoger mis papeles, libros y equipaje” escribía el 13 de abril de 1815, según cita que hace Gloria Henríquez (p. 69). Fue su última alusión a los amados folios. No sabía aquel 14 de julio de 1816, cuando falleció, que sus papeles se habían salvado. Y estaban en Inglaterra. Ellos hablarían por él a partir de 1926, nos dirían quien fue. En los años veinte del siglo XX, a instancias de Caracciolo Parra Pérez, uno de los grandes estudiosos de su vida, el general Juan Vicente Gómez los compró en nombre de la nación. Fueron así entregados a la Academia Nacional de la Historia quien los custodia en la actualidad en singular arca.

Otra parte especial del libro de Gloria Henríquez es aquel en el que nos va mostrando cómo se estudió la figura de Miranda desde los días de acción pú-

blica, como se lo hizo mientras no se conocía su archivo para apoyar las investigaciones y lo logrado después de 1929, cuando se inició en Caracas la publicación del **Archivo del General Miranda**, el cual corrió bajo el cuidado de Vicente Dávila. Del meticuloso estudio hecho por Gloria Henríquez debemos destacar el pormenor con el que nos narra la historia escrita alrededor de Miranda, entre sus estudiosos destaca el papel de Ricardo Becerra en el siglo XIX y de Caracciolo Parra Pérez antes de la aparición de los papeles mirandinos. Como compilador surge el nombre, también en el siglo XIX, de José María de Rojas, el Marqués de Rojas, quien salvó la documentación mirandina, relativa a 1810-12, que guardaba Leandro Miranda.

La historia relativa al Precursor hecha a partir de 1929 será distinta. Pese a que se destaca ya en 1935 la biografía que le dedicó José Nucete Sardi el primer libro de conjunto que sobre Miranda que se escribió en el siglo XX, el cual él fue ampliando y corrigiendo en sus sucesivas ediciones. Es gracias a esta Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda que durante mucho tiempo se conoció y se sigue conociendo a Miranda. Y afirmamos esto porque el libro de Parra Pérez, *Miranda y la Revolución Francesa*, publicado originalmente en francés, como debía ser, no se tradujo al castellano hasta 1966. De allí la importancia del libro de don Pepe Nucete Sardi. Y de la biografía de Miranda que Augusto Mijares insertó, abriendo un paréntesis, en su obra *El Libertador*, impresa por vez primera en 1964. Fue así como la verdad sobre la vida de Miranda fue apareciendo poco a poco, imponiéndose como siempre sucede. Hoy conocemos su vida y acción con meridiana precisión y ya no se dicen en torno a él las falacias que durante mucho tiempo que propagaron. Y tenemos una bibliografía no muy extensa pero sí precisa y preciosa sobre él y el significado de su presencia en la sociedad en la cual le tocó vivir. Hoy sabemos cuál fue su tránsito por los Estados Unidos y su presencia en la Revolución Francesa, conocemos por qué puede ser considerado el “mas formidable agitador de todos los tiempos” (p. 148) que dijo Parra Pérez, sabemos lo difícil que fue el año doce para él, durante algunos de cuyos meses tuvo el poder en sus manos en Venezuela (abril 23-julio 25), comprendemos cómo se inmoló por su diosa preferida, la libertad, en La Carraca, como la vida lo dejó cuando ya no tuvo objeto, muriendo como don Quijote, como nos lo hizo ver Tomás Polanco Alcántara (**Francisco de Miranda**. Caracas: Ediciones GE, 1997, p. 768) hechas ya sus salidas y dejado el testimonio de su acción y en los muchos papeles que nos quedaron sobre su actividad. Sabemos hoy por que sus papeles constituyen “el espejo de una época” que escribió Parra Pérez (p. 148), “la mejor biografía del Precursor era ciertamente su Archivo” (p. 263).